

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera



Edita: Fundación Pedro García Cabrera
C/ Jesús Nazareno, 13 · 2º · 38003 · Santa Cruz de Tenerife
Tfno./fax: 34 922 24 70 70
www.fundacionpedrocabrera.com

Revisión y presentación de la edición: María Jesús de Pablo Gimeno

Autor: Pedro García Cabrera
© de los autores.

Diseño e Impresión: Tenydea S.L.
Santa Cruz de Tenerife
Tel.: 922 237 560

Depósito Legal: TF 387-2005

Un itinerario lírico y ético

PEDRO GARCÍA CABRERA (1905-1981)

EN este año, 2005, se cumple y conmemora el primer centenario del nacimiento de Pedro García Cabrera, poeta que como don Quijote amaba la libertad. Su itinerario literario y vital, siempre profundamente humano, da testimonio de las inquietudes, vivencias, sueños y fracasos de un tiempo histórico cercano: Segunda República, Guerra Civil, dictadura de Franco y transición a la Democracia.

NACE el día 19 de agosto de 1905 en Vallehermoso, isla de la Gomera, espacio al que quedará vinculada su infancia, jugando entre palmeras, barrancos y piteras, y acunado por una copla popular: "A la mar fui por naranjas, / cosa que la mar no tiene. / Metí la mano en el agua: / la esperanza me mantiene". En 1915 la familia se establece en Tenerife, e inicia sus estudios de Bachillerato en el Instituto General y Técnico de La Laguna. Escribe y publica sus primeros textos en *La voz de Junonia*, el diario *Gaceta de Tenerife* y la revista *Hespérides*. Su primer libro, *Líquenes*, de 1928, presenta un espacio temático cargado de sugerencias: las islas y el mar.

PARTICIPA en los años treinta del siglo XX, junto a Eduardo Westerdahl y Domingo Pérez Minik, entre otros, en una hermosa aventura, la de *Gaceta de Arte* (1932-1936), una revista literaria, estética, filosófica, de bellas artes y cine, nacida en Tenerife y de alcance internacional, que conectó a los intelectuales y artistas canarios con las vanguardias europeas y el surrealismo. Publica su segundo libro, *Transparencias fugadas* (1934), y escribe *La rodilla en el agua* y *Dársena con despertadores*. Es la época de la Segunda República Española y el poeta, militante socialista, es elegido concejal del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y consejero del Cabildo Insular.

EN julio de 1936, se produce la sublevación militar contra la democracia republicana y Pedro García Cabrera es detenido y deportado a un campo de concentración en el Sahara, del que se evade en 1937. Marcha a Dakar (Senegal) y, posteriormente, viaja a España y se integra en el frente republicano de Andalucía. Detenido en Granada, unos meses antes de acabar la Guerra Civil, permanecerá en prisión hasta 1946. Vive con dolor la guerra y sus consecuencias. Durante esos trágicos años, escribe diversos poemarios en los que relata sus experiencias y le canta a sus ausencias: la libertad, la paz, el amor, la justicia, los amigos... Estos libros son *Entre la guerra y tú*, *Romancero cautivo*, *La arena y la intimidad*, *Hombros de ausencia* y *Viaje al interior de tu voz*.

DURANTE la dictadura, sigue escribiendo y manteniendo su compromiso ético e intelectual. A veces, se acercaba a la mar para intentar arrancarle naranjas. Mantenía sus sueños y esperanza en un futuro que no fuera “silencio amor-dazado”, buscando “un beso de paloma”, un consuelo que no hiciera “naufragar a mi palabra / ni apagar el amor que la mantiene”. Finalmente alcanzó a ver la tan ansiada democracia. Son años fructíferos para la poesía. Publica *Día de alondras* (1951), *La esperanza me mantiene* (1959), *Entre cuatro paredes* (1968), *Vuelta a la isla* (1968), *Hora punta del hombre* (1970), *Las islas en que vivo* (1971), *Elegías muertas de hambre* (1975), *Ojos que no ven* (1977) y *Hacia la libertad* (1978).

VUELTA a la isla es un poemario integrado por 37 romances dedicados a cada uno de los pueblos de Tenerife y a cada una de las islas, a los que preceden dos composiciones consagradas a Tenerife y a su capital, Santa Cruz. En este homenaje a su tierra, Pedro García Cabrera presenta una

peculiar y emotiva mirada del paisaje natural y del paisaje humano. La naturaleza se humaniza e incorpora los trabajos, pesares, sentimientos, sueños y aspiraciones de quienes la habitan. Aún hoy, los ideales del poeta siguen vigentes; por esa razón, hay que recordar el grito con el que cierra uno de sus romances, Gomera: “Y ahora silba más hondo, / silba más alto y sin tregua, / silba una paloma blanca / que dé la vuelta a la tierra.”

MARÍA JESÚS PABLO GIMENO
Fundación Pedro García Cabrera

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera



Prólogo

ESTE libro, aún siendo un recorrido a la isla de Tenerife, a la que debo todo lo que soy, es un homenaje a la región canaria, ya que desde la cima del Teide puede contemplarse, con los ojos del amor a la tierra, la totalidad del archipiélago.

TANTO los romances a los pueblos como a las islas no pretenden ser una descripción geográfica. Sino una versión personal de los mismos, recogiendo las vivencias acumuladas de cada lugar a lo largo de los años. Por eso hay romances que aluden a peripecias de hace mucho tiempo y que han guardado el calor de mi adolescencia. Ahora bien, todo los romances, sin ninguna excepción, han sido compuestos en el ambiente de cada sitio, pisando su suelo, viviendo su actualidad, pensando sus noches y respirando sus días, conversando con las gentes y el aire que las rodea.

|¹¹

P.G.C.

Nana de una isla

ELLA había nacido para el mar.
Las curvas de su espalda,
desde muy pequeñita,
tenían cumpleaños de olas.
Se despertaba
con rumores de playa en los costados,
con sus cabellos de alga en las arenas
y de pez de la sonrisa
nadándole los labios.
Crecíase hacia adentro,
hacia sus libertades submarinas,
que tomaban el sol abriéndole los ojos
en tirones de sueños y resacas.
Por la noche soñaba con sirenas.
Un día se fue al mar:
iba llorando soledades.
Una lágrima fue su salvavidas.
De ella tomó volcán, intimidad y contorno.
Y se quedó flotando entre las aguas.
Ahora es una isla que llaman Tenerife.

Canto a Santa Cruz

CONCÉDEME el honor de apadrinarte,
ciudad por cuyas calles ha latido
el ruiseñor de sangre de mis venas;
ciudad que te levantas con el rostro
vuelto a la libertad del horizonte;
ciudad que has hecho un nudo de tu llanto
al ver tus alas de distancia y vuelo
reducidas a cisnes de un estanque.
Del mar te viene nacimiento y cuna.
Naciste ya morena de volcanes,
casi con desnudez de piedra y cielo,
remera de tus brazos y tu frente,
con las piernas hundidas en el agua
igual que una muchacha pescadora.
La mar fue tu nodriza, con sus senos
de espuma y soledad, con sus espaldas
de música y gaviota, con sus hombros
de ondulante trigal y con su vientre
redondo de aventura y lejanía.
Tú te has ido creciendo poco a poco,
trabajándote al ritmo de las olas,
con un dolor de cumbre en la mirada
y un balandro dormido en la sonrisa,
pensándote de árboles y nidos
por las meditaciones de tus plazas
y albergando en tu concha de molusco
un rumoroso corazón de abeja.
Te quiero porque vienes desde abajo,
de descalzas arenas, y no ocultas
tu quehacer de obrera de los mares;
te quiero porque has hecho por ti misma
tu casa y tu canción; porque tus hombres,
a la altura de todos los caminos,
no le ponen frontera a lo que tenga
contorno, y lucidez, y alma de nieve;

te quiero porque en medio de las aguas
besas en paz el corazón del mundo
y lo llevas atado en el recuerdo;
porque tienes aún en las mejillas
fresco el amor y tibia la mañana
de la amistad del aire y las palmeras;
porque sabes sufrir y nunca olvidas
que el odio es una espina de cien leguas
donde no puede amanecer la rosa
que respira en el fondo de tu pecho.
Tú no vienes de ayer, llegas de ahora,
del fulgor del instante que se clava
en tu costado abierto a la alegría.
Y te das y te tienes, transmitiéndote
en el acordeón del oleaje,
que se va con tu voz y que retorna,
con su alianza de afectos y destinos,
sobre la azul espuma enamorada.
Has llegado hasta aquí, ciudad sin tacha,
mirador de la mar, mordiendo el fruto
maduro de sirenas y de afanes
en el silencio de tus propias manos.
Vosotros, carpinteros, proseguidla
con las maderas de los altos sueños;
vosotros, albañiles, continuadla
con piedras duras como vuestras vidas
y vosotras, doncellas, florecedla,
dadle virginidad de bosque y lluvia,
dadle vuestras espigas de ojos claros,
dadle vuestra ilusión de ser felices.

La Laguna

a Luis Ramos Falcón

16 |

Yo me he subido hasta aquí,
yo, verode, a los tejados,
para poner a la altura
de la ciudad todo el campo.
Y no es que quiera evadirme
de la amistad del arado
por codearme con torres,
veletas y campanarios,
que es mi savia la que enciende
los populares geranios,
la ternura de la hierba
que cubre el vientre del barro
y las tierras de labor
donde sonríe el trabajo
mirándose en el espejo
de los frutos y los granos.
Campesina es mi raíz,
pero mi traza es de hidalgo
y amo estas calles, las quiero
con todos mis verdes altos,
estas calles que se alejan
hacia los silencios mansos
que se duermen en la frente
del buey redondo del llano.
Por estas calles yo he ido
con mis libros bajo el brazo,
desde las ágiles aulas
al lento Camino Largo,
de las fuentes del Derecho
a la ecuación de los pájaros
y del trino de una flor
al seno de un corolario,
siempre por mis soledades

y sueños nunca alcanzados.
De aquí contemplo los cerros
que me custodian los flancos,
mis cerros como carretas
inmóviles: son mis barcos,
esos barcos que tripulan
lluvias y vientos descalzos
aunque a veces vaya en ellos
la pena de contrabando.
Tal San Roque. Su recuerdo
aún me sangra en el costado.
Fue hermano mío: el primero
que abrió mis ojos al llanto
y a quien una piedra en forma
de cruz sostiene en los brazos.
Pero yo no soy tristeza
ni caracol ermitaño,
sino antena que transmite
ese abierto abecedario
de letras vivas y hojas
que pone en pie cada árbol
para que sea la urbe,
más que un armón de basalto,
el corcel en el que viaja
el pensamiento a caballo.
Yo no miro sobre el hombro
a los que van paso a paso
pastoreando silencios,
crepúsculos y rebaños.
Y cuando toda la vega
entra en mis lares bailando,
y sus aperos y frutas
se entranan en mi regazo,
y cada calle da a luz
mieses, carretas, ganados,

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

en el río de colores
que es la progenie del agro,
el corazón en el pecho
me salta como un muchacho.
Únicamente lo saben
los que miran a lo alto.
Y me siento muy feliz
presidiendo los tejados
de mi Laguna del alma
-nidal, simiente, cenáculo-
belén de sabiduría
que da nacimiento al campo.

La Esperanza

TENGAN cuidado, señores,
que estamos en La Esperanza
y aquí los caminos van
a donde les da la gana.
Que si al norte, que si al sur,
que a la mar, que a la montaña,
que si a muros, que si a olvidos,
que a los perros, que a la nada.
Jamás te dicen su fin,
caminan vueltos de espalda.
Son caminos de veletas,
un laberinto que anda;
ni te llevan ni te traen,
te dejan en la estacada.
Tus pasos pueden seguirlos,
pero nunca tu mirada;
dan más zigzags que conejos
burlando tiros de caza.
Por alguna trocha puedes
llegar a tu propia infancia
abriendo el arco de punto
de las góticas castañas.
Ver a la mamá Aguedita,
la escuela, con su fachada
triste, y el bosque que ha entrado
como un señor en la plaza
mirando jugar el viento
con la tierra colorada.
Pongan cuidado, no pierdan
esta emoción de cucaña
que en lo alto de los pinos
prodiga sus espadañas.
Cuidado, tengan cuidado,
que aquí se cae o resbala
en el barro y en las piedras

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

que humedece la nostalgia.
Caminos que nos caminan,
veredas que nos alcanzan,
qué lejos vamos, qué lejos
sin mesón y sin posada.
No sigan, párense aquí
y remójense la barba,
que estos caminos verdinos
me están mordiendo en el alma.

Tegueste

AQUÍ tenéis a Tegueste,
mas ni muro ni ciprés;
firme como los cipreses
Tegueste sí que lo es.
Es un nombre con raíces
que no se dejan torcer
y que se lee lo mismo
al derecho que al revés.
Y es tan singular que sólo
en Tegueste puedes ver
la botonadura roja
de un eucaliptus de ley.
No perdió el tiempo en peninos,
de golpe se puso en pie
y comenzó a andar a solas
sin temor a los trapiés.
Es el David de la isla:
se hizo pueblo de una vez
poniendo en hora su casa
por el reloj de su sien
para comerse a su gusto
su pan, su vino y su miel.
Enhebrado a su trabajo
nunca abandona su aquel
darle tregua a cada instante
para que empiece a nacer.
A nadie le pide nada,
a nadie le quita el bien
y en las fuentes de sí mismo
abreva su propia sed.
Aquí es Tegueste, un enclave
de mucha fuerza y poder,
manso como los silencios
y redondo como un buey.
Dame tu remanso y brío,

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

Tegueste, que yo también
quiero redimir al hombre
que late bajo mi piel,
los vendavales del ansia,
las montañas del querer,
el alba que me amanece
y aun mi sal y mi hiel.
Aquí es Tegueste, el pionero
que brega por proteger
su herencia de agua y de sol
con la mayor sencillez.
Y si has de seguir así,
dale que dale a tu riel,
ponme un cigarro en la oreja
y empadróname en tu edén.

Tacoronte

a Ernesto Castro Fariñas

EN este pueblo dibujan
los chicos de las escuelas
lentos paisajes de sombra
con grises muertos de pena.
La pompa de los colores
aquí para nada cuenta.
Ni el girasol de la tarde
en los cielos, ni la cuesta
de los verdes monte arriba,
ni el reclamo azul siquiera
de un pie de lluvia en la mar,
se asoman a su paleta.
Y es que el hombre de estos campos
siente su trozo de tierra
tan al fondo de sí mismo,
de su intimidad tan cerca,
que cuando al final del día
ve cumplida su tarea,
ya el gris del atardecer
es ceniza de la hoguera
que ardió, mientras trabajaba
sin levantar la cabeza.
La vanidad del poniente
no hace germinar la hierba,
ni sacia el hambre y la sed,
ni le redime y libera.
Él se da todo a sus manos,
las manos con las que siembra
de golpe, en el mismo surco,
su libertad y su condena.
Comparte desde sus últimas
melancolías sedientas
la igualdad de las semillas
en el seno de la tierra

y esa oscuridad redonda
del vientre de las cosechas
que le devuelve al silencio
de las entrañas maternas.
Silencio de Tacoronte
tan duro como una piedra.
Cuando te alejas del fácil
río de la carretera
este silencio te sigue
igual que un perro de presa
y contra él no te vale
cerrar ventanas y puertas.
Adondequiera que vayas
te va lamiendo su lengua.
Este silencio es el mosto
que fermentan las bodegas,
el espejo en que se miran
rebeldías y tristezas;
es la soledad que pintan
los chicos de las escuelas;
es el corazón del hombre
latiendo rabia las venas;
solo, de ideas adentro,
más solo, ideas afuera.
Silencio que nunca duda,
pisa firme y pone a prueba
lo que de isla y volcán
aún en nosotros queda.
Y en medio de este silencio
que ante nadie se doblega,
la noche de Tacoronte,
vendimiadora de estrellas,
deja hundirse en el descanso
de su oscura cabellera
las manos del que trabaja
y la frente del que sueña.

El Sauzal

a Tomás García Suárez

DE la mar hasta Ravelo
El Sauzal alza su copa
de un vino tinto que pone
el corazón en la boca.
Con su vocación de cepa
y de romance la forma
se asonanta de racimos
por pendientes y amapolas.
Y se estira como un galgo
desde el umbral de la costa
que es, éste, pueblo que sabe
andar aprisa y a solas
sin que la sed le acobarde
ni busque matas de sombra.
No son muchas las palabras
que puedes decir de prosa
si lo mides por el ancho
de sus espaldas angostas.
En cambio, de abajo a arriba
te cabe cualquier historia
de los sudores que pasan
las familias labradoras.
Dame un buen vaso de vino,
Sauzal, que ya no es tan moza
mi sangre para subir
cuestas que a nadie perdonas.
No le envidia a los atletas
pértigas, domos ni botas,
pues él salta a pie juntillas
del alto monte a las olas.
Tu carretera le abres
a las gentes presurosas,
mas tus confidencias guardas

para caminos y trochas.
Paisaje es este que tiene
un silencio de persona,
fidelidad de amor seco
y la hombría de una roca.
Todo aquí muestra el talante
del que se basta y se sobra.
Es sólo un brazo sin mella,
un brazo que lucha y forja
el destino de una mano
que jamás pidió limosna.
Cumbre, arriba; abajo, espuma.
Lo demás todo es alfombra
tendida sobre el silencio
de la esperanza más corta
de aquellos que dan al tiempo
tiempo, vendimia y zozobra.
Sauzal, sirveme unas perras
de tu intimidad más honda
que quiero la isla beberme
de un solo trago en tu copa.

La Matanza

No digáis que conocéis
el pueblo de La Matanza
si sólo la carretera
bordeáis sobre la marcha.
El pueblo está más arriba,
más corazón de su casa,
más atril del sol poniente,
más pájaro de su jaula,
donde le nació una muerte
de tanta solera y casta
que jamás nadie ha podido
entrar a descabellarla.
Entre vía y caserío
las pendientes dan la cara
y los caminos se tensan
como cuerdas de guitarra.
Todos te dicen adiós
si los subes o los bajas
y sientes cómo el saludo
hace las cuestas más llanas.
Por la carretera, en cambio,
no te dirán nunca nada,
que el asfalto no se ha hecho
para transitar palabras.
¡Qué dos mundos tan distintos
a tan mínima distancia:
el de la estrella fugaz
y este que medita en calma
higueras de soledades
y viñedos de esperanza!
Y entre estos polos, la calle
de una intimidad que alarga
el bies del silencio a hombros
de la mar y la montaña.
Una calle que no evoca

el calvario de una espada,
la ráfaga de una onda
ni la momia de una lágrima.
Una calle con el aire
del pasillo de una casa;
el puro fiel del sosiego
pesando un tiempo de brasas.
El barranco de Cabrera,
platillo de esta balanza,
es solemne como un órgano
cargado de resonancias.
Aquí el peso de la muerte
cortó los trinos del agua
y sólo queda el recuerdo
de una fuente abandonada.
Mis ojos leen en ella
oscuras letras cifradas,
vencedoras del olvido,
entre viñetas de zarzas.
Sabed que un poblado guanche
tengo en las cuevas del alma,
que la sombra de un barranco
se me mete en las entrañas
y que el cáliz de mi sangre
se arrodilla en La Matanza.

La Victoria

COMO un anillo escondido
para que alguien lo encontrase
di con la plaza de luchas
de este pueblo, en el instante
en que se daban la mano
dos luchadores rivales.
Aquí mismo, en La Victoria,
cayó vencido esa tarde
uno de ellos, cuyo nombre
no recuerdan los anales.
Las ballestas de los músculos
resaltaban en su carne
con el relieve que alcanzan
las aceras en las calles.
La majestad de su fuerza
se asomaba a su semblante
casi con la transparencia
de la lágrima y la sangre.
Era muy parco en palabras
y tan de adentro el lenguaje
que al hablar se oía el hondo
resuello de los volcanes.
Él le imprimía a la lucha
bríos de cumbres y mares
y trabajaba la brega,
desde el comienzo al remate,
como un hijo que se gesta
en el vientre de una madre.
Nunca se vio luchador
de tan viriles quilates
caer vencido en la arena
con tanto temple y coraje.
Cayó por cotas de malla,
por arcabuces y sables,
que por levantada nunca

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

30 |

lograrían derribarle.
La fecha la desconozco
y sería vano alarde
situar este desafío
en un terreno distante.
Porque a veces las derrotas
tienen las alas de un ave
y en vez de rodar por tierra
se remontan en el aire.
Ahora, una gran ternura
se derrama en el paisaje
que crece y crece en la noche
llamando a nuestros hogares,
mitad, congoja y entrega,
mitad, defensa y combate.
Por aquí, por La Victoria,
puede medirse y palpase
cómo a una isla da norte
un llanto que no es de nadie.



Santa Úrsula

TOMA de prisa el camino,
vámonos a Santa Úrsula,
que quiero ver cómo viven
las palmeras en república.
Son palmeras populares
sin más tradición ni alcurnia
que no doblérgarse al viento
ni tener letra menuda.
De las raíces les nace
tal rectitud de conducta
estallando en una verde
estrella de pulso y púa.
Por eso son sus escobas
unos discos que modulan
los rumores de las nanas
que dieron aire a su cuna.
Viven en familia, solas
se acuestan, solas aúpan
sus dátiles y sus pencas,
sin pedir a nadie ayuda.
Nacen y mueren de pie,
admiran y no preguntan,
y aun cuando son soledades
su pensamiento es azúcar.
Visten siempre de domingo,
no pierden su empaque nunca,
y tan femeninas son
que sólo tienen cintura.
Cada palmera es un voto
de tierra que sufre y lucha
para dar a las semillas
la libertad de la lluvia.
Jamás su tenor disfrazan
y tan fieles se dibujan
que mires de donde mires

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

32 |

ves siempre su misma rúbrica
de notarios que dan fe
de su genio y su figura.
El mástil de la esperanza
a cada hogar lo vinculan
arriando sorbos de sombra
al nivel de la ternura.
Y cada una es un brazo
que clama al cielo y que pugna
por arrancar de los labios
el drama de la cicuta.
Toma de prisa el camino,
vámonos a Santa Úrsula,
que esta sed de las palmeras
me duele como una fusta.
Pero antes mirad las luces
que las mantienen y encumbran:
es la voz de un manantial
que en sus copas se refugia.



La Orotava

PARTIDA en dos, La Orotava
florece siempre la idea
de ser una sola voz
como Dios manda y ordena.
Dos llaves tiene su angustia,
dos acentos cada letra,
cada sombra dos perfiles
y dos aceras las penas.
Hasta el aire se respira
de dos distintas maneras.
Señor en casa, el silencio
con sus babuchas de seda;
despierto y a la interperie,
el platanal como gleba.
Aquí no hay sumas que valgan,
todo sucede y se enhebra
en la vecindad distante
de las líneas paralelas.
Y en este lugar de justas
donde el si y el no se encuentran
edificó La Orotava
su castillo sin almenas.
Todo él discurre y se acuña
en el troquel de un dilema:
en cada aldaba hay el nudo
de una pared sin respuesta,
en los balcones del aire
la soledad que te acecha
y en los pájaros que cantan,
la jaula de su condena.
Y es la espuma contrapunto
de la amistad de la estrella
y el loro del arco iris
del jugador de ruleta.
Y en este flujo y reflujo

donde los verdes se orquestan,
en este ajedrez de magia
acampan todas las brechas.
Aquí los lares sí lloran
con lágrimas como piedras,
que en La Orotava conmueve
el pecho de una belleza
que oculta un río de fuego
amortajado en las venas.
Pero las flores la salvan;
las flores, que no recuerdan
ser mas que notas y ritmos
del vals de la primavera;
las flores, universales
nidos que hablan una lengua
para todas las miradas;
las flores, esas doncellas
que tejen su desnudez
con intimidad de ruela
y dan al color las alas
de palomas mensajeras;
las flores, que son las ondas
que emiten por sus antenas
los sueños que no murieron
y levantan la cabeza.
Y en este claro de bosque
donde el sí y el no se encuentran
la flor redonda del día
cierra el paso a la tristeza.
Y su valle de esperanza
es como una cita abierta
donde el volcán y la nieve
echan la rodilla a tierra.

Puerto de la Cruz

NEGRAS arenas la mar
juega al envite en El Puerto
dejando en el aire rumbos
de aventuras y de sueños
y llevándose a sus anchas
malvasias de silencio.
Desde la infancia sus puertas
al horizonte se abrieron,
le dio el pecho al oleaje
y tomó mando velero
sin dar tregua ni respiro
a tempestades y riesgos,
que en el Puerto de la Cruz
hay tal fondo mariner
que no pueden desvirtuarlo
columnas ni rascacielos.
Hilo le dio a sus cometas
porque sintiose muy dueño
de que el insular contorno
que iba tomando su vuelo
se afirmaba en su interior
y no cedía terreno.
Sus calles han resonado
con los distintos acentos
que monta la libertad
en el caballo del tiempo.
Y así han quedado las huellas
que otros pasos sonrieron
injertando tolerancias
que no han caído en desierto.
De todo el caleidoscopio
que la urdimbre de otros pueblos
derrama en sus aledaños
ha elegido aquel fermento
de ave de mar y sonrisa
que da constancia a sus predios,

don de gente a las arenas
y nido a su aislamiento.
Y así no pierde su norma
de estar cerrado y despierto,
mitad, varado en sí mismo,
mitad, velamen al viento.
Por el Puerto de la Cruz
entraron, más que vinieron,
ideas como mujeres
dando a los hijos el pecho
y enseñando que no caben
las patrias en un pañuelo.
Fueron sus aguas, las aguas
desnudas del pensamiento,
las que batieron de firme
los caletones isleños.
No hubo rencor ni violencia,
que estas lides nunca fueron
bregas de martillo y yunque,
consignas de sangre y fuego,
sino frentes dialogando
con inquietud de arroyuelos.
Y esta cabeza de puente
se sostiene sin esfuerzo
como un abrazo que uniera
a los vivos y a los muertos.
Un alisio de ternura,
un liberal sentimiento
de estar andando a derechas
puebla este hogar solariego.
Triángulos de lunas blancas,
briznas de hogueras en celo,
amigos, faros, gaviotas
de los mares del recuerdo,
si Puerto de la Cruz digo
quiero decir compañero.

Los Realejos

No sé si es uno o son dos,
no sé si es pueblo o castillo,
pero todo guarda un orden
y encuentran siempre su sitio
muros, barrancos, estatuas
y el ocho de los caminos
que desde el mar a la cumbre
se va ciñendo a sí mismo.
Y sé también que mi padre
dio aquí su primer vagido
y que aquí fueron calvario
las cruces de mis amigos.
Cifrado casi, en voz baja
y en sus adentros metido,
la espalda puede volverte,
mas su silencio está vivo.
Es un silencio artesano
que no se asoma al postigo,
elaborando sin tregua
sus panales fugitivos,
manos de pólvora el hombre,
dedos de mujer los hilos.
Las bordadoras trabajan
-quito y pongo, pongo y quito-
en bastidores de fuentes
los remansos de los ríos,
quemándose las pestañas,
partiéndose el alma en vidrios
y agujereando el aire
con puntadas y suspiros.
Y son los calados sienes
bordados por sus latidos,
diagramas de soledades
que los ojos han escrito,
el alba que nunca llega

y los sueños que se han ido.
Bordadme un mantel con panes
que tengan imán de trigo,
aguas que maten la sed,
lumbres con cara de niño.
Bordadme la libertad
en alto como los nidos.
Y vosotros, fogueteros,
en el fiel del equilibrio
entre la vida y la muerte,
que hacéis de la noche mirlos
con trinos de fuego, siempre
a los trapecios subidos
de las ascuas, rubricando
con aves de paraíso
las orgías y el suspense
de los cielos encendidos.
Vosotros que traducis
la oscuridad de los ritmos
con voladores de lágrimas
y cuadraturas de círculos,
desgranadme las espigas
de los cohetes de silbo,
el rostro de las cascadas,
las ruedas de mi albedrío.
Bordan ellas la ternura,
bordan ellos el peligro.
Y hay un temblor en su sangre
de corazones en vilo.
Y ese temblor de tamasma
recuerda a Viera y Clavijo.

La Guancha

a Esteban Dorta González

ANTE El Pinalete estoy
mirando correr el agua.
Llega alegre porque ha roto
con su oscuridad de esclava
dejando atrás para siempre
la prisión de la montaña.
Vino a luz como los niños,
desnuda de cuerpo y alma,
sin que tuviera al nacer
prenda que echarse a la espalda.
Mucho tiempo estuvo inmóvil,
muerta al espejo su cara,
recluida en el sepulcro
del corazón de las lavas.
No fue fácil desasirse
del vientre que la engendrara.
Noches como soledades,
demonios de luengas garras,
diques de diente de perro,
la tenían sojuzgada.
Y a quienes debes tu canto
voy a decirte en voz alta.
Hombres con rostro y familia,
hombres que visten y calzan,
riesgos, hambres y laderas
en busca tuya horadaban.
Sonrisas de la destreza,
hondos brazos, manos claras,
los salarios de sus penas
eran de sed y esperanza.
Por eso las galerías
-boa a oscuras, vena a gatas,
creyones de húmeda muerte-

imagen y semejanza
son de aquellos que caminan
para dar cielo a sus ansias
y ver si en su vida estéril
por fin amanece el agua.
Pero a veces quedan dentro,
hechos ya noche cerrada,
sin que puedan en sus ojos
nacer las luces del alba.
El agua que ahora miro
son sus piernas amputadas,
los brazos que no volvieron
a descansar en su casa,
y tu mundo de rumores
muñones de sangre blanca.
Para que tú seas libre
siguen manando las lágrimas
de recuerdos que barrenan
sin pólvora las entrañas.
Y ante El Pinalete estoy
mirando correr el agua,
todo su cuerpo canción
y toda sollozo el alma.

San Juan de la Rambla

ME fui a San Juan de la Rambla
para hacerme a la medida
unos zapatos a prueba
de malpaíses y hortigas.
No unas botas de cien leguas
para saltar de isla en isla,
que para andar por la mar
no hay calzado todavía.
Sí unas botas saltamontes,
sin frenos ni cortapisas,
trabajadas en el molde
de un vuelo de golondrina,
que no teman escalar
degolladas y colinas,
ni dar muerte a las alturas
igual que a toros de lidia.
Botas para perseguir
la liebre de las ermitas
siempre royendo el silencio
de violetas lejanías.
Botas para andar de pie
y a las claras noche y día,
no acostado de temor,
mendigando y a hurtadillas.
No botas para morir
en medio de las jaurías,
sino que le den al diablo
puntapiés en la espinilla.
Unas botas que no sepan
hacer del hombre una víctima,
volver la espalda ni huir
ni caminar de rodillas.
Botas que dejen al paso
huellas de las que se diga:
este es el rostro de un alma

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

cargado de rebeldía.
No botas para cruzar
el camino de la vida
a caballo y sobre rosas,
acobardado de espinas.
Botas que puedan leer
sobre la tierra que pisan
cómo mueren las distancias
y se hacen luz las semillas.
Botas para la ternura
que, cuando besan, se empinan
igual que los surtidores,
la libertad y las espigas.
Botas para caminar
el dolor y la sonrisa,
la sombra verde del árbol,
la casa y la mano amiga.
Botas para darse el gusto
de dar la vuelta a la isla.

Icod de los Vinos

a José Díaz Martín

FUI un hidalgo de mis cepas.
Esta es toda mi prosapia.
Pechos tristes se ensancharon
al calor de mis entrañas
y algún corazón de hielo
ardió convertido en ascua.
Tal vez estuve presente
en pactos, guerras o alianzas,
pero hay cosas que es mejor
olvidar que recordarlas.
A nadie puse reparos
para beberme, palabra,
que si fui trago de reyes
también lo fui de piratas.
Vine a menos y emigré.
Con el azar a la espalda
y los cielos por montera
se desplegaron mis alas,
trabajando lejanías
que a mi solar me acercaban.
Y así, bregando horizontes,
rejuvenecí mi casa.
Ved mi Drago, soy yo mismo,
Icod con toda la barba.
Sus cicatrices no son
vejez ni tiempo que pasa;
son mis heridas, las vuestras,
que me salen a la cara.
Son mis penas, vuestras penas,
por los que en tierras extrañas
en vez de vino y ternura
fueron silencio y mortaja.
Creéis que el Drago se yergue

en el cepo de una plaza,
y que tocáis sus raíces
y lo alzáis en la mirada.
Y no es cierto. Lo que veis
es la sombra que descansa
de ese árbol que se ausenta
para adentrarse en el alma
de todos los que partieron
con su hatillo de esperanzas.
Ellos lo sienten más joven,
lo viven desde su infancia,
y entre su tronco y los brazos
que desnudan las distancias
no hay mares de oscuridad
ni prohibitivas vallas,
que el querer no necesita
de pasaportes ni aduanas.
Mis barrios son el retorno
de aquellas nómadas ansias,
la sortija del prodigio,
el collar en que se engastan,
la alegría del panal
y el bordón de la guitarra.
Los soles de los sudores
y las lunas de las lágrimas
en lo que miráis crecer
-¡tan verdes!- de la ventana.
Y mis viñedos exhiben
altos peinados de gala
como si los que aderezan
estos copetes de ramas
fuesen, más que agricultores,
peluqueros de esmeraldas.
Y estas manos que me miman
son las que escribieron cartas

con los rasgos de sarmientos
empapados de nostalgia.
Y si hoy es la sonrisa
quien da expresión a mi cara
es porque al rostro de América
emigré para encontrarla.

Garachico

46 |

EL fuego, la mar y el hombre
se disputan Garachico.
El volcán, melado y lumbre,
y el mar, correlón y giro.
Que vengan los cuidadores
a ver estos dos magníficos
gallos de casta y pelea
dando suelta a sus instintos.
En los hombros de la altura
hacia el volcán su nido
ardiéndole en las entrañas
una riña de cuchillos.
Y con la cresta sangrando
rodó cumbre abajo herido,
clavando los espolones
de ciega lava en los riscos.
Estamos frente a sus restos
como si estuviera vivo
que al que da a vida su muerte
no le echan tierra los siglos.
Y el otro gallo, la mar.
Catapulta y torbellino
oleaje del revuelo,
cresta blanca, pecho en vilo,
abrió sus alas de espuma
y rayo del levadío
dejó varado en la orilla
un cementerio marino.
Pero el hombre se sostuvo
sin salir de su recinto
con más pasión que el volcán,
tan hondo como el mar mismo.
Este es un pueblo con forma
de cubierta de navío
anclando las tempestades

casi en las playas del mito.
Y en esta ceja del rostro
del agua que es Garachico,
en este lunar de tierra
que sonríe a los peligros,
en esta uña de afanes
salvada del cataclismo,
vacunado contra riesgos,
muy señor de su destino,
mantiene su corazón
en un sereno equilibrio
con la intimidad fecunda
que alberga el grano de trigo,
con el trabajo que sueña
horizontes y espejismos,
con la libertad que busca
rumores de paraíso.
Es isla baja y qué alta
su arboladura y el signo
del hombre que se libera
del miedo a ser destruido.
Vive casi sobre un yunque,
pero no existe martillo
de los montes o las olas
que lo convierta en añicos.
Y así, pegado a la roca,
el pueblo de Garachico,
sin dar su brazo a torcer,
al mar y al fuego ha vencido.

Los Silos

48 |

SIN detenerse un instante
la isla baja continúa
y en Los Silos se recrea
cambiando de vestidura.
De punta en blanco, a gran tren,
tan largo como una grúa,
es un camino de mesa
en el fiel de la blancura.
La espalda del platanal
vertebra en esta columna
de fachadas y de aceras
que no se doblega nunca.
Es deportiva la flecha
en que encarna su figura.
Tiene trazo de conciencia
y vigor de catapulta.
Elásticos maratones
por las venas le circulan
acelerando hasta el fondo
las metas de su aventura.
En esta geografía
no se aclimatan las curvas;
usan bastón y corbata,
no arco iris y herraduras.
Las plataneras se adueñan
del pueblo de punta a punta
y apretándose en manadas
levantan sus verdes grupas
como acericos que esperan
alfilerazos de lluvia.
No son castillos cerrados
los roques que lo circundan:
tienen radar en la oreja,
abren sus vallas y escuchan
como la pena y el llanto
celebran también sus nupcias
y cómo no son las lágrimas,

entre flores, menos duras.
A veces son rebeldía
estas montañas adustas
y su traza guerrillera
viste, para la aventura,
barrancos en banderola
y sombreretes de bruma.
Pero el pueblo sigue abajo
sin abandonar su ruta
ni querer crucificarse
en calvarios de amargura.
En su juventud se avala,
con el trabajo se ayunta,
sus amores tractoriza
y se convierten en fruta.
Que arrojen piedras si pueden
los que estén limpios de culpa.
Arriba, en Tierra del Trigo,
dejo un nombre en la penumbra,
sobrio como un epitafio,
cordial como la ternura.
Él me enseñó con el pico
a trabajar en las dunas.
Era de aquí, de esta luz
que siempre baja tan pulcra
con peineta y con mantilla.
De aquí era, de esta cuna
del aire, que canta nanas
y las macetas arrulla.
De estos colores que giran
como los trompos de música
y dicen, dicen Los Silos
y sólo esta voz pronuncian.
Que maduren las campanas
y que repiquen las uvas.
Vamos a tirar cohetes
que lleguen hasta la luna.

Buenavista

50 |

YA estamos en Buenavista.
Acorde, trato, concierto
de la montaña y la mar
fraguaron su nacimiento.
Aunque le sobran alturas
no se perdió en vericuetos,
hizo su nido en la rasa
mano abierta del terrero.
La llanura de las aguas
dictó a la isla este pueblo.
Sus araucarias guardan
las pruebas de tal convenio,
que araucarias son torres
y jarcias al mismo tiempo.
Sus calles se van al campo,
ganan espacios abiertos,
se transforman en paisaje
y se pierden a lo lejos.
Una herencia de horizontes
montó aquí su campamento,
se sube a las azoteas
y no renuncia a sus fueros.
Amo estas calles que son
caminos con hombres dentro,
y que saludan muy alto,
con un bien calzado acento;
un saludo a boca llena
que no se lo lleva el viento.
Aquí no hay encrucijadas
que te dejen en suspenso,
aquí las calles van sueltas
como los rumbos veleros.
Entre Blanca Gil y Masca
pesó, sin tasa y sin miedo,
en su redondo platillo,

por arrobas, el silencio.
Y a todo trance lo sigue
en su cedazo cerniendo
para amasar la maqueta
que haga diana en sus deseos.
No es un camino de paso,
pero tampoco es un cero
a la izquierda del poniente,
sino la yema de un dedo,
el escalón más difícil
a lo más alto subiendo.
Y no es que quiera ocultarse
en el vértice de Teno,
ese toro al que la mar
jamás asió por los cuernos
y al que brega Buenavista
por amansar, pretendiendo
hacer de su lejanía
una calle más del pueblo.
Con tantas cuevas de sombra
esta montaña es un eco
de un rostro al que la viruela
dejó lleno de agujeros.
Y aún calada la visera
de las justas y torneos,
mira cómo las cometas
son cascabeles de cielo,
y cómo las tejas rojas
ruborizan el cemento
y que el mundo en que ha nacido
no corta a lo antiguo el cuello.
Si por tu ayer rompo lanzas
a tu futuro me entrego,
que si el mar y la montaña
carácter y voz te dieron,

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

de una isla puedes ser
el equilibrio y el riesgo
de una oleada en la cumbre
y de valles marineros,
dando tálamo de espuma
al más audaz rascacielo.
Porque sean tus espaldas
sensibles "ábrete sésamo",
porque tus cimas arrullen
con la intimidad de puertos
y porque puedas dejar
de ser estación de término,
levanto por ti mi copa
hasta la altura de Teno.

El Tanque

HELO aquí, verde lejano,
pastoreando en la cumbre
la gorda res del silencio,
los volcanes y las nubes.
Nace en el filo de un lomo
y a lo más difícil sube
como si fuera a ordeñar
repletos cielos azules.
Es atleta montañero,
un pueblo que aún no sufre
encrucijadas de asfalto
ni peso de muchedumbre.
Del viento aprendió a ser libre
con esos imanes que unen
la sonrisa a los colores
y el tomillo a su perfume.
Desde el vientre de la altura
vacía el volcán sus ubres
dando suelta a las balizas
andariegas de la lumbre.
Pero El Tanque no se mueve
ni de sus fogones huye
que quien lucha a rajatabla
ya ha adquirido la costumbre
de tutear la amenaza
de las fuerzas que destruyen.
Ni siquiera dice adiós
al mal inspirado númeron
del fuego que, descendiendo
hasta la ribera, funde
la libertad de la piedra
en lava de servidumbre.
Y aunque el buey de los crepúsculos
hierbas de silencio rumie
y se acuesten las esquilas

y las penas se desnuden,
la angustia no echa raíces
como en el alma de un túnel,
que los pastos, aún dormidos,
dejan sus tallos inmunes
de oscuridad, trasminando
un sueño de verdes luces.
Aún con las puertas cerradas
todo en la altura discurre
para que canten los gallos
y las auroras madruguen.
Este es El Tanque, lozana
atalaya de la cumbre,
pastoreando las reses
de la soledad en las nubes.

Santiago del Teide

A grupa de los contrastes
voy cabalgando las penas,
verde, mi frente, en el norte,
morenas y al sur, mis piernas.
El verano y el invierno
juntos en mi cama juegan:
uno me tira del pie
y el otro de las orejas.
No sé a qué carta quedarme
cuando las nubes se acercan,
si son gallinas de lluvia
o son gallos de pelea.
Dos animales dispares
me custodian y me pueblan:
el manso buey de la altura
oyendo crecer la hierba
y los colmillos de dogo
que el fuego aguzó a la piedra.
Río y lloro al mismo tiempo,
el mismo tiempo que ordena
los almendros en la lava
y en mi sangre las abejas.
A la reina aquí decimos
la mestra de la colmena.
Sus partidas de ajedrez
entablan en mis laderas
los almendros con las blancas
y las lavas con las negras.
Sólo ganan los almendros
al venir la primavera.
Entonces llega la flor,
y sin pasar por la iglesia,
llámese nieve en la cumbre
o espuma por la ribera,
se echa vestida de novia

en los brazos que la esperan.
Luz posada y cielo a gatas,
mano cerrada y abierta,
cenizas, hijos, simientes,
roca en vilo y mar a ciegas,
esclavitud, libertad,
todo lo tocan mis cuerdas.
Pero no tengo dos caras
ni es mi casa con dos puertas.
Mi sudor no está en los mapas
ni hay dos sangres en mis venas.
Ni norte ni sur. Soy árbol
que crece sobre la tierra.
Cada uno está en su sitio,
al César lo que es del César,
que jamás me fui a pescar
los peces con escopeta,
ni las aves con anzuelos
ni mi jornal con quimeras.
Yo armonizo los contrarios
y sin llaves ni compuertas
me suenan pecho y espalda
en una misma moneda.
Y con la frente en la cumbre
y los pies en las arenas,
los almendros en la lava
y en mi sangre las abejas,
tengo tan sólo una muerte
vuélvame donde me vuelva.

Guía de Isora

a Pablo Martín Alonso

A estos parajes que sufren
el mal de ojo de los dioses
los humaniza el trabajo
de curandero del hombre.
Llegan de atrás, de muy lejos,
de casi los mitos, donde
perdió el fuego sus zapatos
y dio el infierno sus voces.
Aquí la lava enseñó
dientes de presa y cebose
en rasgar las vestiduras
de una tierra sin amores,
no dejándole siquiera
un respiro de cardones.
Este es un cáncer de rocas,
cresterías de rencores
que cortan, caricaturas
de ríos como escorpiones.
Y en medio, Guía de Isora,
casi un espejismo sobre
la piedra que ruge, un mártir
de cal y ternura, al borde
de morir a destelladas
en un circo de dragones.
Y de estas lavas que encarnan
un maná de maldiciones
las rebeldías prendieron,
domesticando a la noche.
Ved cómo bajan la tierra
de arriba, de los rincones
del mantillo, esas sienes
que laten savias de bosque,
para darle una melena

de sacrificio y verdoros
a estos lomos de montañas
con majestad de leones.
La tierra a hombros, arcilla
de compañera que rompe
a cantar de nuevo el himno
del paraíso, en los brotes
que la sonrisa del barro
pone en todos sus pregones.
La tierra a hombros, costilla
de la flor y el horizonte,
dos manantiales siameses,
dos ecos de un mismo nombre.
Estéril mujer ayer,
entregada a los azotes
del fuego, y hoy ya con vientre
de arrullos y de terrones
al renacerle en los muslos
el sexo verde del monte.
Ahora las soledades
no montan aquí su corte,
han perdido horca y cuchilla,
trajes, silencios y honores.
El cielo azul es el mismo,
pero la tierra es más joven.
Y aún lo es bastante más
el trabajo de los hombres,
enmendando y corrigiendo
los designios de los dioses.

Adeje

EL barranco del Infierno
es para mí todo Adeje.
Quien cruce sus soledades
tan desvalido se siente
como un fósforo de palo
que contra el viento se enciende.
Hay barrancos que te hablan
y que la mano te tienden;
éste no es así, rechaza
a todo el que va y que viene,
se ensimisma en sus adentros
y sólo enseña los dientes.
De pueblo abajo es la sed
su sexagenario huésped,
pero del pueblo a los altos
son muy otros sus quererres.
Una orgía de peñascos
encima de ti se cierne
triturándote el aliento
y mordiéndote las sienas.
Aquí lleva el alma uno
prendida con alfileres.
Todo en él es barroquismo;
hasta el silencio se yergue
de otro modo, con visera
y sin tratos con la gente.
En él mandan los cardones
que lanza en ristre florecen;
las cuevas, que multiplican
ojeras de caballete.
Aquí el pájaro se expresa
con una voz en relieve
y hasta las ramas del árbol
de otra forma se retuercen.
Desde el fondo de su cauce

el cielo azul es a veces
un remiendo de la altura,
la buhardilla de un duende.
Y siguiendo muslo arriba
el tajo de las vertientes
llegas a un sexo de lava
bajo las faldas del Teide.
Cuevas, cuevas y más cuevas
que te miran frente a frente:
son las cuencas de los ojos
arrancados por la muerte,
son las sombras familiares
que convocan los menceyes,
tumbas que la libertad
dejó a la piedra en rehenes.
Un patrimonio ancestral
con uña y carne defiende
no por infierno, por suyo,
este barranco de Adeje.
Y si ha calado tan hondo
y tan alto se mantiene
es que desea que nunca
en el olvido lo entierren.

Arona

I

LOS CRISTIANOS

*al Sr. José Domínguez León,
en la amistad y la mar*

AHÍ, aguantando la mar,
tarajales de la arena,
remangadas las raíces
como un marino las piernas.
Ahí, trabajando el agua
con sus verdes de faena,
luchando contra las olas
sin remos que los defiendan.
Ahí, descubierto el pecho,
celebrando a duras penas
los desposorios del mar
con una isla morena.
La mar se come los riscos
que ponen coto a su fuerza;
mas vosotros, tarajales,
pulseáis mares de leva
y entre la muerte y la vida
queda en tablas la contienda,
pues no dobláis la cerviz
a quien os mueve la guerra.
No gastan su savia en frutos
ni colorines de feria,
que ellos visten el atuendo
de la gente marinera.
Ni hace el nido ningún pájaro
en su hirsuta cabellera
de viejos lobos de mar
acorralados en tierra.
Este es un árbol que llora

con lágrimas verdaderas
como llora cualquier pobre
desamparos y tristezas.
Pero es firme y no le teme
al viento ni a las tormentas
y la amistad de su sombra
es una mano sincera.
El tarajal es también
-sol a sol, estrella a estrella-
árbol que suda su esfuerzo
de resistir las mareas.
Y ahí estáis en Los Cristianos
como ejemplo de entereza.

II

VALLE DE ARONA

SUBIENDO de Las Galletas
es todo el valle de Arona
una siembra de volcanes
saltando de loma en loma.
Pero a pesar del asombro
de tal rebaño de rocas,
no es la piedra revolcándose
en el fuego lo que importa,
sino cómo el hombre pudo
entrañar su vida toda
en cargárselos a cuestras
y sudarlos gota a gota,
fraternizar con su sed,
tender el sueño en su costra
y en ellos dejar su muerte
para que tuviesen sombra.
Cuando por mi pensamiento

camino tierras de Arona
la soledad de la isla
se pone en pie a la redonda,
descalza, medio desnuda,
con su mandil de tahona,
cociendo el pan de la sed
desde la cumbre a la costa.
Una soledad tan hecha,
de tanto bulto y persona,
que te la sientes pegada
al cuerpo como la ropa.
Y tan de ti se apodera,
de tal manera te ahonda,
que se articula en palabras
que te golpean, y brota
de los ojos cuando miras
su abandono, cuando tocas
los horizontes vacíos
de un rumor de caracolas.
Y esta soledad sin tacha,
doncella que vive a solas
sedienta de agua y de amor,
duerme su sueño en Arona.
Que las retamas del Teide
den su repique de aromas
y le bajen ramos blancos
para celebrar sus bodas
cuando las aguas le vistan
su largo traje de novia.

San Miguel

*a Emilio Gimero Martín, a quien
debo la intimidad del sur de la isla*

QUE no, que no sigo más,
que aquí en San Miguel me quedo.
Quiero mirar cómo el jable
transforma el erial en huerto.
Aunque viene de otro sitio
el jable no es forastero,
tiene una isla por patria,
no un miserable agujero.
Donde él se tiende a sus anchas,
allí donde coge el sueño,
convertidos en oasis
se despiertan los desiertos.
No importa que sus marfiles
se tornen en cenicientos,
que es su alegría sentir
crecer los tempranos senos
de mujer de las patatas
bajo el corpiño del suelo.
Andas San Miguel y apenas
si crees lo que estás viendo.
Aunque se pierdan de vista
tanto tuneral mostrenco,
tantas orzas de montañas,
tantas chispas de mechero,
una ternura sin límites
rompe a cantar en tu pecho
como si también el jable
le diera a tu pensamiento
un corazón de cigarra,
élitros verdes latiendo.
Para la sed de estas tierras
el ocio no ha sido hecho:
te mueres de hambre si montas
tabernas en este pueblo.

En órbita colocada,
La Centinela es el vuelo
de un pájaro contemplando
las letras de un alfabeto
de volcanes que escribiera
a pulso y placer el fuego.
Forman sólo una familia,
pero adopta cada miembro
el talante de montaña
que mejor luzca su atuendo.
Podrá llover a raudales,
cambiar su moneda el tiempo,
pestañear las espigas,
aprender a hablar el viento,
pero no tendrán mudanza
estas montañas de hierro,
montañas enjaezadas
con sus cráteres bermejos,
que alzarán siempre en la cálida
perspectiva de los retos,
sobre los verdes cultivos,
su joroba de camello.
Desde la mar son distintas,
cobran vida y movimiento;
al color le nacen alas
y al relieve, espalda y pecho.
Un rigodón de montañas
es menos tierra que cielo.
Que no, que no sigo más,
que aquí en San Miguel me quedo,
para escuchar cómo el jable,
con el primor de un jilguero,
lanza vegetales trinos
por rellanos y repechos
preludiando la alborada
del amanecer de un pueblo.



Vilaflor

*a Michel y Michèle García Enjolras,
recuerdo de estos pinares.*

66 |

ESTE no es pinar que tenga
tan sólo iguales dos pinos.
Sin miedo, fuertes y sanos,
se criaron desde niños
estos árboles que tienen,
más que cualquier individuo,
rasgos que sólo son suyos,
talantes tan inequívocos,
que cada uno podría
llevar nombre y apellidos.
A prueba de vendavales,
cohetes de su destino,
con trazo firme ganaron
la cucaña de los riscos.
Se ve claro cómo huyeron
de uniformes y de asilos
clavando su libertad
en la raíz de sí mismos.
Dura maestra es la lava,
también la nieve y el frío,
para no sacar derechos,
con la alegría de un trino,
a estos troncos que se yerguen
sin travesuras ni mimos.
Son altos porque soñaron
un interior paraíso,
y de tal modo lo ansian
que por vivir siempre en vilo
en torno de ellos la sombra
apenas si deja signo.
Señores por su belleza,
feudales por sus instintos,

sus soledades entregan
a los éxtasis más íntimos,
pero sus ramas estrechan
como los buenos amigos
y entonces cobran altura
confidencias y hermetismos.
Varoniles en su porte,
sin abalorios ni brillos,
alzan sus mástiles verdes
donde el viento hace sus nidos
con rumores de la mar,
sondas, sendas, saltos, silbos.
No quisiera despedirme
ni abandonar el recinto
que en alto sostienen muslos
dorados como el estío.
Con pena os dejo, con pena
vuelvo a ponerme en camino.
Palabras, quiero palabras
del tamaño del rocío
para abrazaros a todos
con todos los sueños míos.

Hierro

A Doña Inocencia Durán

68 |

DESDE la boca de Tauce,
de estos hombros del silencio,
candado del horizonte,
miro la isla del Hierro.
Desde aquí sólo es simiente
de soledad, un atuendo
de ciclope y galeote,
un estelar pensamiento,
escorzo de un meridiano
que ceñía los misterios
de un mundo de lejanías
entre dormido y despierto.
Hay que acercarse a su umbral,
mirar con lupa de aumento,
para ver cómo la sed
retoña campos y pueblos.
Entonces abre su valva
y descubre sus adentros.
Allí la prisa no prende
ni a galope marcha el tiempo;
va poco a poco, camina
casi con el paso nuestro,
dejándole sitio al hombre
para cultivar los sueños.
Mima la tierra sus frutos,
mima el lenguaje su acento,
sus lágrimas mima el llanto
y la boca mima el beso.
No sangra nunca, se ahonda
hasta la hiel de su espejo
y es tan clavo del destino
que hace vibrar su tormento
que en cada gesto libera
la intimidad de su seno,
llámese trino o canción,

expresé protesta o juego,
sea pastor de su angustia
o dígame tango herreño.
Niñez y aurora conserva
igual que en un guardapelo
y por ser tan primitivas
gozan talante tan nuevo.
Se calienta con su sangre,
respira sus propios muertos
y arde como un alma en pena
en noche de carne y hueso.
Por eso sus horizontes
curvas son de los reflejos
de un martirio que sonríe
espinas de aislamiento.
¿Y qué importa que haya bosques
y ciudades de cemento
si quien en ellos habita
es tan isla como el Hierro?
Dejadle secar sus frutas,
echar al aire el sombrero,
sacarle filo a las cumbres
y hendir las rachas del viento.
Así nos muestra la imagen
este castillo roquero
de su atlántica versión
del cuento de "Ábrete, sésamo",
que son tesoros también
las joyas de un cancionero,
los arcoíris del alma
y el telar de los recuerdos.
Y cuando no pueda hallar
hamaca para el sosiego
y sea cada isla el túmulo
de un Garoé sin remedio,
el cántaro de mi sed
irá a llenarse en el Hierro.

Gomera

*a mi prima Camila Trujillo Cabrera
de Hernández*

70 |

A cara o cruz he lanzado
a la mar una moneda;
salió cuna y nació yo:
cuna o concha es la Gomera.
Súbete al roque más alto,
silba con todas tus fuerzas
hacia atrás, hacia la infancia,
a ver si el eco recuerda
las bordadas camisillas
que abrigaron mi inocencia.
Silbame más, mucho más,
que oiga las primeras letras
del alba silabeando
los renglones de mis venas.
Silba, silba sin cesar,
y tráeme la escopeta,
los caballitos de caña
con sus bridas y cernejas,
el croar de los barrancos
y las palmas guaraperas.
Silba, silba sin descanso,
hasta llamar a la puerta
de los que en lucha cayeron
con la rebeldía a cuestras.
Silbame el Garajonay,
que va siempre sin pareja
bailando el santodomingo
camino de las estrellas.
Silbame el ritmo de fuego
con que danzan tus hogueras
dando a la noche madura
la juventud de doncella.

Sílbame el faro sus luces,
los alfileres que vuelan
a hundirse en el acerico
redondo de las tinieblas.
Sílbame la sal y el agua,
sílbame el pan y las penas,
y la libertad que amamos
síbala a diestra y siniestra.
Cierto que no morirás,
mas si algún día murieras
entra en el cielo silbando
y silbando pide cuentas
de por qué te condenaron
a soledades perpetuas.
Y ahora silba más hondo,
silba más alto y sin tregua,
silba una paloma blanca
que dé la vuelta a la tierra.

La Palma

a Blanca Gómez de Pérez y a Renán

72 |

LA sombra que esta retama
de la mirada desprende
me lleva en su catalejo
hasta oír cantar las preces
de pinares a La Palma,
abarloada al poniente.
La Palma no es soledad.
Es la cabeza de puente
que sobre los océanos
tendieron los continentes.
Para ella no hay fronteras,
no emigra nunca ni puede;
mar y tierra son caminos
y andarlos le pertenece.
Casi con forma de pez
no cae nunca en las redes
de hacer su patria en veredas
que no partan de sus sienes.
Y no es que cierre los ojos
y al desamor alimente.
Es que en la cuna aprendió
que los volcanes no duermen,
trabajándose en las cumbres
silencios que el fuego enciende.
Es que desde su niñez
ve que los días florecen
la noche del horizonte
y las agonías mueren.
Y así a su vida da fuerza
la juventud de la muerte.
Selváticas intuiciones
racionalizan su mente.
Jamás vacilan sus pasos,

van escritos en su frente
y en los muros del hogar
bien a las claras los tiene.
No digo que son columnas,
sí digo que son paredes
para que el sol y la lluvia
sus esponsales celebren,
en cueros como los niños
y en alto como las fuentes.
La Palma, yo soy La Palma
abarloada al poniente.
Por la borda las nostalgias,
mi raíz es Taburiente
y si lo quiero mayor
lo multiplico por nueve.
No me digáis que conquiste,
esos son otros belenes,
siendo dueña de mi misma
todo lo tengo con creces.
Y así me llevo conmigo
a donde quiera que fuere,
que soy La Palma, La Palma,
abarloada al poniente.

Lanzarote

a Domingo Velázquez

74 |

EN un velero, por sal,
pongo rumbo a Lanzarote.
Por la sal, esa simiente
con la emoción del azogue
que le dio sangre y latido
al corazón de la noche.
Por la sal, mujer de todos,
doncella siempre, aunque toquen
los dedos más populares
y los más negros carbones
su transparencia nupcial
de mensajera del orbe.
Por la sal, por ese llanto
de las salinas, en donde
las aguas del mar se mueren
sin campanas que las doblen.
Bajo mi piel vas a gatas,
mi sudor te reconoce
y si en mis ojos te citas
eres aún más salobre.
Las salinas, esos libros
de páginas sin rumores.
En sus potros de tortura
expira la ola y rompe
a blanquear su esqueleto
igual que si fuera un hombre.
Somos salinas, salinas
desde el fondo hasta los bordes,
que nos ponemos de pie
sobre sus blancos talones.
La sal, jilguero del alba,
que a la sombra desconoce.
La sal, que en nuestras cocinas

de punta en blanco se pone
para que el diente del ajo
la conquiste y enamore.
La sal, hirviendo en el agua
de cazuelas y peroles,
convenciendo a las patatas
que son blandos corazones
y poniendo en las legumbres
la sonrisa de los dioses.
La sal, pregón de justicia
que iguala con sus sabores
en un mismo paladar
hambres de ricos y pobres.
Por todos los que te quieren
y cortejan tus terrones,
en nombre de los suburbios,
las abejas y los bosques,
sube por mi sangre arriba
y en la esfera de las torres
marca la aurora desnuda
de los que buscan el norte.
Diapasón de la esperanza,
paloma y piedra de toque,
que la libertad del mar
en el Janubio se pose
y se convierta en la sal
de cuerpos, almas y voces.
Con esa sal que libera
de todos los sinsabores,
con esa sal, mi velero
regresa de Lanzarote.

Fuerteventura

a Ángel Acosta

76 |

POR un camino sin sombra
me voy a Fuerteventura.
Tengo sed de campo raso,
estoy cansado de alturas.
Es, ésta, tierra planchada
que puso sin Dios ni ayuda
su rampa de soledades
antes que nadie en la luna.
Con su forma de tunera
de norte a sur me saluda.
No son mis pies los que andan
tu anverso de punta a punta,
es la balsa de mi espalda
que se hace alberca en la tuya.
Tendida está a pierna suelta
para dormir con holgura.
Calarle al hombre el silencio
en esta isla se escucha,
endureciendo sus huesos
y cavándole la tumba.
Las aulagas han bordado
la camisa de la angustia
con iniciales que tienen
todas las letras picudas.
Se agachan las parameras
para que el viento construya
jaulas sin rejas ni techo
en donde canten las dunas.
Aquí se afrontan las horas
con alma tensa y desnuda
aunque de manar no cesen
las fuentes de la amargura.
Pero la sangre golpea

hecha corcel y andadura,
enciende pechos y hogares
y, roja flauta, modula
en el vientre de las ansias
hijos con nombre de lluvia.
Pero esta luz, esta luz
que nos clava y nos desnuda
la sombra, como maqueta
de nuestro genio y figura.
Esta luz, loca de atar,
que nos delira y deslumbra.
Es un tigre que no duerme,
de tan salvaje bravura
que a los filos de una espada
daría muerte en la lucha.
Es una luz que nos muerde
igual que las quemaduras
aunque vaya por las puertas
limosneando penumbras.
En la sed sólo se apoya
su mano de vagabunda.
Y no solamente en ti,
también nos arde y dibuja
los perfiles sin entrañas
de unos desiertos a oscuras.
Y es verdad que todos somos
un poco Fuerteventura:
en nuestros brazos abiertos
la sed no se apaga nunca.

Gran Canaria

a Felo Monzón

78 |

YA desde aquí en adelante
me seguirás en la marcha,
cresta de la lejanía,
esposa de la distancia.
Sobre los hombros del mar
toda isla es tierra en andas,
una tierra a contrapunto,
una tierra desterrada.
No puedo intuir siquiera
el pinar de Tamadaba,
pero los amigos sí
que los tengo en la mirada,
tanto los que están en pie
como al fondo de Jinámar.
Para saber que te llevo
en el costado clavada
no has de leerme la mano,
ha de bastar mi palabra.
Mas si la quieres leer
verás tan sólo en sus rayas
los caminos de una isla
que se llama Gran Canaria.
Caminos que me conducen,
sombreados de esperanza,
a roques que no se nublan
y a piedras enamoradas
de dialogar con las cimas
de sueños que no se alcanzan.
Sé que no dejas el tiempo
nunca en barbecho; descansas
como mares y trigales,
rizando siempre la espalda;
que jamás se te hace tarde

ni coge el sol en la cama.
Mas yo aprecio sobre todo
tus descartes de baraja,
los rincones que conversan,
el trapecio con pestañas
del faro que da sus vueltas
ágil de luz y de alma,
la intimidad del silencio
en la alberca de las plazas,
las palabras que caminan
la noche, redondeándola
con ternura de tahona
oliendo en la madrugada,
y más que nada los brazos
del afecto, que levantan
y visten a los balandros
de la amistad velas blancas,
unos balandros que nunca
cambian el rumbo o naufragan,
esas versiones de amigos
que contra bosques de lanzas
en aceite convirtieron
los bofes de las borrascas.
Es tarde. En mis travesaños
se recogen las palabras.
Es la hora en que la sombra
y la montaña hacen tablas.
Todo se irá y volverá,
todo vuela a ser mañana:
el mar, las islas, el viento,
la sed, la angustia y el alba.
Amigos míos, salud.
Buenas noches, Gran Canaria.

Granadilla

a Álvaro Requena y Juana

80 |

POR el sur marcha la novia
a casarse en Granadilla,
en Granadilla de Abona.
Un paisaje medieval
viste por traje de cola.
Con los índices en alto
los cardones, que retoñan
orfanatos de almenas
y un certamen de pagodas.
La tabaiba, con su leche
de bíblica comadrona,
sin un fruto que criar
en la cárcel de las hojas.
El tabú de las piteras,
ese orzuelo de mazmorra
incubador de medusas
que se hubieran vuelto locas.
Y las tuneras, blasfemias
de un reinado sin aromas;
red de dunas, la barrilla,
y las aulagas, manoplas.
En cámaras de tortura
fue diseñada esta flora
que el potro de los tormentos
acabó por darle forma.
Tan sólo el jubón del balo,
entre tanta espina en contra,
modula un verde sensible
al pájaro y a la rosa.
Calzando espuma de mar,
bajo este traje, la novia
-floreciéndose de vida
en los pechos de las lomas-

sonríe un rostro de calles
donde le caen las ondas
de los nupciales naranjos
que la sellan y coronan.
Si en El Médano es sirena
por la gracia de las olas
en Charco del Pino tiene
excelencias de paloma.
Y si preside el cernícalo
el jadeo de la costa,
el nidal del caserío,
con sus pestañas de sombra,
le da cara de mujer
que a la ventana se asoma.
Naranjos de Granadilla,
islas en alto, lisonjas
del relieve, surtidores
de las savias que remontan
lunas con buche de almíbar
en un trapecio de frondas.
Que nadie venga a decirme
que no levantan su copa
estos naranjos en flor
con gallardía de boda.
Que nadie pregunte, y vea
cómo su vuelo remozan
las abejas al libar
las mieles de sus corolas.
Que todos miren y aprendan
que en la isla hay una novia
coronada de azahares:
es Granadilla de Abona.

Arico

82 |

ENCOMIÉNDENSE a los diablos
y cierren todas las puertas
que el tiempo sur se ha escapado
de un manicomio de hogueras
y desde el mar a la cumbre
está horneando la tierra.
Nadie le mete en cintura
sus lanzallamas y teas
y contra sus pedernales
no hay refugio ni trincheras.
Hierve la luz y el ambiente
como una nata se espesa
endureciendo los rictus
del rostro de las tormentas.
Avispas, saltan avispas
del sol que raja las piedras
y jadean los colores
con toda la lengua fuera.
Ningún sonar de tambor,
trueno, campana o trompeta,
podrán igualar a estas rachas
en resonancias tan épicas
para convocar simunes
y movilizar centellas.
Tambor de desesperanza,
redobles de la aspereza,
que marchitan las raíces
de los riscos y las venas.
Hacerse voz el mutismo
y romper a andar las tejas,
echarse a volar los pinos
y abanicarse las cuevas,
todo puede ser primero
que alborear la proeza
de devolverle la vida

al mencey de la leyenda.
La piel de Adjoña se extiende
por todo Arico, reseca
como una momia, tendida
en la tosca amarillenta.
El tiempo sur no podrá
prender la chispa en la yesca,
ni hacer zumbiar en sus sienes
las alas de las abejas,
ni meterle por los ojos
las púas de las candelas.
No podrá su soplo ardiente
llegar hasta su osamenta
y armar de vigor su brazo,
airón de sin par destreza,
que le imprimía a la onda
el júbilo de una flecha.
Todo el término de Arico
es la piel, a flor de tierra,
del mencey que derribó,
en golpe de onda certera,
con la piedra de su muerte,
el temblor de las estrellas.
Y este sudor de volcán
que corre a campo traviesa
es el recuerdo aún caliente
de un mencey a tumba abierta.

Fasnía

PARA gozar una cueva
no hay lugar como Fasnía,
Fasnía de los ojos verdes
y de las tierras doradas.
Ladrar ya puede el verano
y sacar el sol la garra;
pero la cueva, en cucullas,
con su mansedumbre a gatas,
su cogollo de lechuga
y su redondez de talla,
no te regatea nunca
su sombra samaritana.
Y cuando arrecia el invierno
y tiritan las montañas
igual que un huevo caliente
es para ti su morada.
No te da lo que le sobra,
te da lo que te hace falta,
que su corazón inunda
una bondad de patata.
La urgencia de los caminos
y las prisas en volandas
la encuentran siempre en el quicio
del meollo de la calma.
Su pupila de ternura
refresca las hondonadas
donde el maíz despereza,
bajo el toldo de las llamas,
sus rumores. El maíz
que no abandona la guardia,
que jamás pierde la línea,
la mazorca ni la barba,
aun cuando duerma la siesta
sobre un pie, sin otra hamaca
que su ilusión de ser trino

y sonreír al que pasa.
La cueva ve los viñedos
y a sus pechos de uva blanca
ofrece su intimidad
de bodega, su canasta
de penumbras, que en la tosca
trabajó el pico y la pala,
paladeando la miel
del descanso en su garganta.
Paz en medio del incendio
que los fuegos arrebatan;
paz en medio de la lluvia
que a cántaros se derrama;
paz para el hombre que busca
el asilo de sus alas
y las ubres del silencio,
convirtiéndose en crisálida
de una fuente que encontró
madriguera como un alma.
Aquí la luz echa grelos
sobre la tierra descalza
casi con la sencillez
de una esposa cuando habla.
Y hasta puedes prescindir
del cuello y de la corbata
si amas verdad y desnudez
y a fondo quieres tratarla,
que en una cueva está dicho
todo con pocas palabras:
desde que nació a su sombra
jamás le volvió la espalda.
Y ella es más feliz que nadie
en este suelo de Fasnía,
Fasnía de los ojos verdes
y de las tierras doradas.

Güímar

86 |

PARA contemplar a Güímar
no vale la línea recta,
si quieres verla del todo
has de volver la cabeza.
No es que este rincón ni aquél
se escondan en madrigueras,
sino que sus perspectivas
corren a campo traviesa
trabajando los labrados
colores de su ruleta,
desde la mar a lo alto,
sobre de unas paralelas:
a un costado, la montaña,
al otro, el río que enseña,
ya muerto el rugir del fuego,
rompientes lavas de presa.
Sangró el volcán en la altura
como un gallo de pelea
cayendo herida la cumbre
desde el filo de su cresta.
No pudo ganar las aguas,
uncirse con la ribera,
porque el pecho de esta costa
es coraza y resistencia
y aun con el pinar ardiendo
le puso al fuego compuertas,
que nunca tuvo este valle
debilidades de cera.
La embestida del titán
halló su guardia cubierta
y ahí quedo su espolón
-madura noche de piedra-
igual que una cicatriz
en el rostro de la tierra.
Güímar, cordial y aguerrida,

laborando sus cosechas
de relámpagos de hombres
hechos de una sola pieza.
Güímar, rumiando silencios,
guardándole al sur las puertas,
jugando a pares o nones
lavas, colores y almendras.
Un veintinueve de junio
perdí las propias y ajenas,
las dulces y las amargas.
No siento lo que valieran,
sino que tenían duende
de ojos de mujer morena
y yo quería ponerles
pestañas, luces y flechas.
Güímar, de cara redonda
igual que una luna nueva,
encendiendo lumbres verdes
en rocas amarillentas,
entre las olas y el monte
lanza al aire su moneda
dándole rumbo a sus sueños
y hogar a sus sementera.

Arafo

a Aristides Ferrer

88 |

Si oís el agua en las calles
es que ya estáis en Arafo.
Un agua madrugadora,
con urgencia de recado.
No se detiene con nadie
-romera de pie descalzo-
cuando baja de los montes,
alegre y sola, cantando.
De tanto y tanto quererla,
al maizal enamorado
la piña del corazón
se le ha abierto en el costado.
Viéndola pasar, desnuda
gacela de los picachos,
la vid, de lejos, le ofrece
los zarcillos de sus pámpanos
y a la popular patata
se le pone el pecho blanco.
Su libertad de la cumbre
es la cosecha del llano.
Por eso, ante ella, el hombre
que cruza sediento el campo,
echa la rodilla a tierra,
en silencio prosternado,
que al agua, como una madre,
se la toma con los labios.
Los hilos del agua bordan
vegetales cañamazos,
sin dedal y sin agujas,
día y noche trabajando.
¡El agual! Esa costurera
proletaria y sin descanso.
No tiene sombra ni muerte:

su transparente regazo
es solo tiempo que fluye,
pero tiempo humanizado.
Y, aun corriendo, fugitiva
hace suyas nuestras manos
y vestida de hojas verdes
sube a las ramas del árbol
para poner la esperanza
de bandera en lo más alto.
Es también sueño de paz,
no paz de espejo y remanso,
no una paz de compromiso,
sino paz que va buscando
manos y frentes cordiales
que no la hagan pedazos.
Trino de pájaro y cumbre,
entre las piedras y el barro,
el agua canta y sonríe
al borde del mismo llanto.
Y de estas aguas que cantan
mana el corazón de Arafo.

Candelaria

90 |

TENGO pintadas de un verde
gemelo de las tuneras
la finca de mis amores,
mis barcas candelarieras.
Con ellas salgo a pescar
cuando asoman las estrellas;
cho Juan gobierna la mía,
yo llevo la de mi suegra.
Pero esta noche la mar
tiene muy mala madera;
se ha puesto toro y no hay muro
de lluvia que la detenga,
tajamar que la domine
ni timones que la entiendan.
Esta noche no podrán
ir a ganarme las perras.
Son de talantes esquivos
varadas en la ribera
e íntimamente cordiales
si las espumas las besan.
Y qué gusto da mirarlas
por esas mares afuera
como dos buenas muchachas
columpiando las caderas.
Pero este dichoso sur
se está comiendo una breva
aunque las sardinas campen
como si nada ocurriera.
Y no veré sus gorgoras
ni empuñaré la jareta.
Las sardinas son muy suyas
y van formando una pella,
sólo si huelen toninas
se desparraman y riegan.
Desde que tengo razón

son las sardinas mis perlas,
mis relámpagos del gozo,
mis hierbas de curandera,
mis higos chumbos del mar,
mis cheques de Venezuela.
En torno de sus puñales
mi noche está dando vueltas.
Las quiero como a mí mismo,
son los frutos de mi hacienda.
Por los planchados azules
quedan a la descubierta
los almidonados fuegos
que burilan las candelas.
Y viéndolas se me van
las angustias que me arenan,
ardiendo en sus argentíes
la obra muerta de mis penas.
Esta noche no será:
ni agenciaré mi molienda,
ni podré pegar un ojo,
ni dar fondo a la tristeza,
que yo me la paso en blanco
cuando se pone tan negra.
Si siguen así las cosas
la virgen me favorezca,
que si todo viene a pelo
soplando el viento a derechas,
me basto solo y me sobro
con mis brazos y mis piernas.

Santa Cruz

a Domingo Molina Albertos

92 |

AY Santa Cruz de mi vida,
qué bien enciendes el alma;
ver tus luces es sentir
que estamos ya en nuestra casa.
Los caminos bregadores
que andan la isla y desandan
al vislumbrante aligeran
sus borriquillos de carga.
No importan que lleguen tarde
a descalzar sus andanzas,
como madre los esperas
toda tu rostro ventana.
Dame la mano, que logre
izarme a tus atalayas,
esa mano chicharrera,
cordial y republicana.
Para labrar tu albedrío
la tierra no te fue llana,
solamente dispusiste
de la mar y la montaña.
Montañas de firme angustia,
montañas con la esperanza
de redimirse y correr
hacia donde nace el alba,
llevando a enterrar las penas
en tus valles sepultadas.
Pero la mar sí te dio
horizonte de manzana,
ligereza de balandro
y corazón de muchacha.
La mar, sin llaves ni rejas,
la mar, soledad que canta,
acunando libertades

en medio de las borrascas.
De las olas aprendiste
a vivir su democracia:
todas distintas y todas
rumor del pueblo que clama.
Si la tierra dijo no
dejándote sólo Anaga,
en los brazos que te reman
llevas tu estirpe tatuada.
Una estirpe marinera,
de singladuras sin tacha,
que está escrita en los anales
de las piedras que te lanzan.
Los discos rojos y verdes
de tus calles y tus plazas
fueron antes aguas vivas
balizando las distancias.
Capital de transparencias,
urbe en las proas del agua,
para los mares de leva
qué luchadora es tu barca.
Hoy creces como la espuma,
esa amiga de la infancia
con quien jugaba tu arena
al matarile en la playa.
Ella está siempre contigo,
te sube casi en volandas
al caballete en que posan
las paredes de las casas
para escalar las alturas
y guardarte las espaldas.
Bolsillo de lejanías,
estafeta de bonanzas,
los rumbos buscan en ti
el punto final del ancla.

Vuelta a la isla

Pedro García Cabrera

94 |

Llorar casi nunca lloras,
pero si brotan tus lágrimas
son de injusticias que trinan,
no de mujer despechada.
No temas, tu intimidad
de todo riesgo te salva,
que aun a las noches de lobo
con tu nobleza desarmas.
Ciudad de pájaro en vuelo,
domingo de la mirada,
arrodílese mi voz
y cúplete en mis palabras:
algún día tus mercados
tendrán de la mar naranjas.
Oh luces de bienvenida,
nido en las proas del agua,
a mi descanso le espera
tu sonrisa de almohada.



